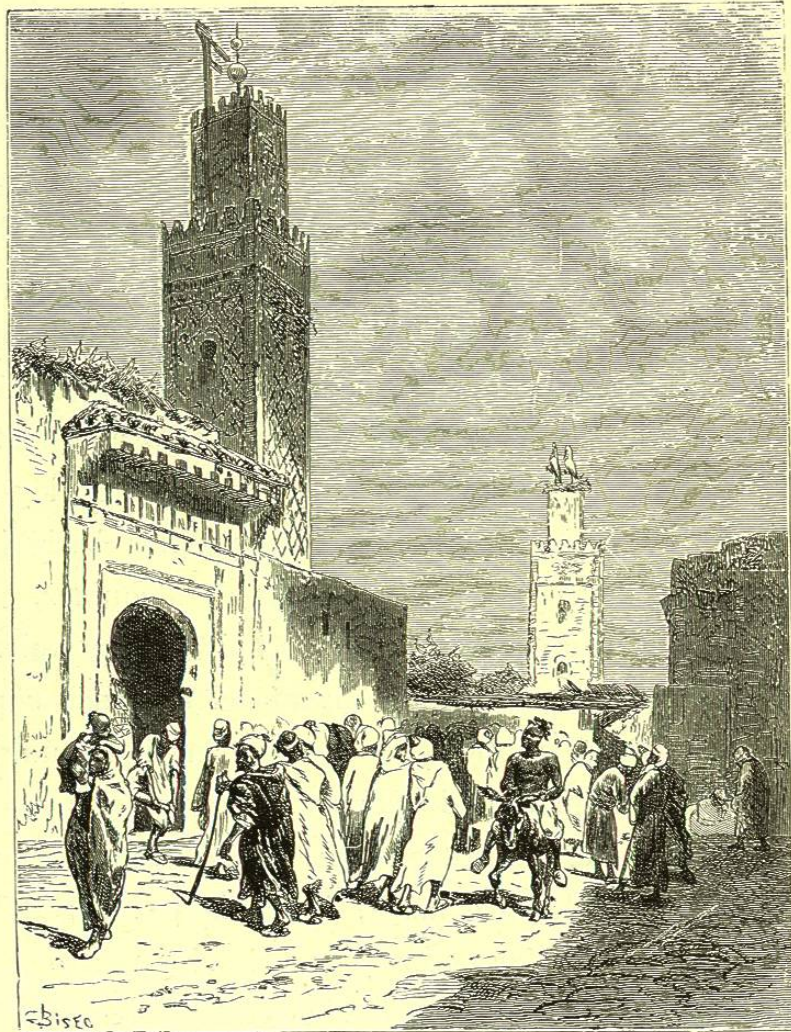


pronunciar una leve palabra de reconvención respecto de aquel que les obligó á abjurar la fe de sus mayores. Abd-er-Rhaman, el vencido de Isly, hace calcinar vivos en los muros de Fez

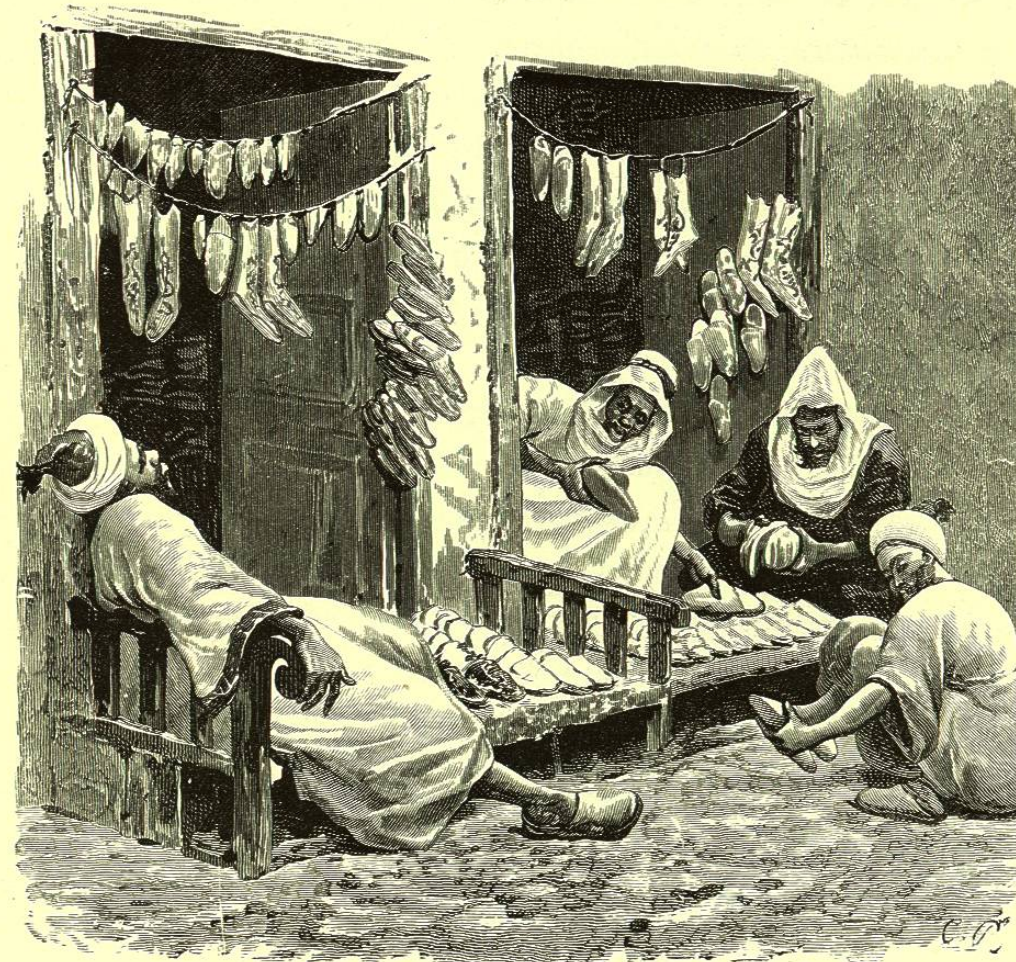


Una calle en Fez

á los conjurados, y por último Sidi-Mahomed, el derrotado en Tetuán, para inculcar en sus pueblos el respeto y la devoción, hace pasear por las ciudades y los aduares las cabezas de sus enemigos, clavadas en las bayonetas de sus soldados.

Y no han sido éstas todavía las mayores calamidades que

han afligido al Imperio bajo la aciaga dinastía de los Fileli. A las referidas, deben añadirse cruentas guerras con España, Portugal, Holanda, Inglaterra, Francia y los turcos de Argel; innumerables y terribles insurrecciones llevadas á cabo por los



Taller de babuchas

berberiscos; desastrosas expediciones al Sudán; rebeliones continuadas de las tribus fanáticas; sublevaciones de la guardia negra; persecuciones contra los cristianos; encarnizadas guerras de sucesión entre padres é hijos, tíos y sobrinos, hermanos y hermanos; el Imperio sucesivamente desmembrado y reunido; sultanes cinco veces destronados y ciñendo otras



tantas la corona; venganzas horrendas entre príncipes de una misma sangre, é intrigas basadas en los celos de las mujeres, y delitos espantosos y miseria incomparable, y decadencia que conduce rápidamente á la antigua barbarie, y triunfante siempre el principio de que, siendo imposible que la civilización europea pueda sentarse en el Imperio, como no sea sobre las ruinas del edificio político y religioso del Profeta, la ignorancia constituye la salvaguardia del Estado y la barbarie un elemento indispensable para la vida de Marruecos. Tal era la aureola histórica de que se hallaba rodeado el joven Sultán ante el cual debíamos presentarnos.

A las ocho de la mañana, el embajador, el vicecónsul, el señor Morteo, el comandante y el capitán, vestidos con sus mejores uniformes, hallábanse reunidos en el patio, en medio de una verdadera legión de soldados, entre los cuales se distinguía el cadí en traje de gala. Sólo nosotros, es decir, los dos pintores, el médico y yo, de frac y corbata blanca y con sombrero de muelles, permanecíamos en el interior de nuestro aposento, sin determinarnos á salir de él, temerosos de que nuestro traje estrafalario, acaso jamás visto en Fez hasta entonces, fuese saludado con estrepitosa y burlona carcajada.

—Pase usted adelante.

—No, á usted le toca.

—De ninguna manera.

—No puedo consentirlo.

—Usted.

—No, usted el primero.

Así estuvimos un cuarto de hora empujándonos suavemente el uno al otro, para no ser ninguno el primero en recibir

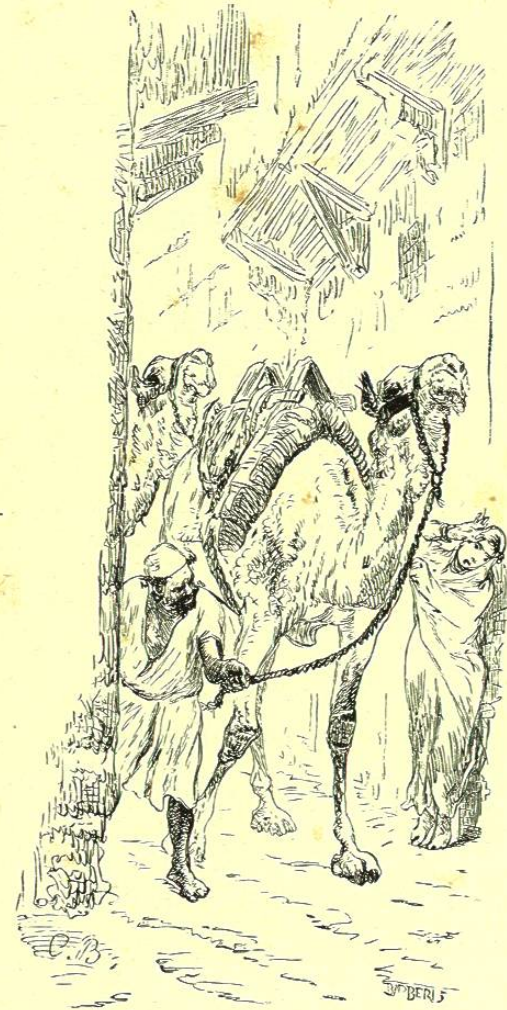
la temida rechifla, y así habríamos continuado probablemente sin la profunda observación del doctor, que diciendo: — La unión engendra la fuerza, — nos decidió á salir juntos y apretados en un solo grupo, con la cabeza inclinada, y el sombrero metido hasta los ojos.

Nuestra aparición en el patio produjo una verdadera sorpresa en los soldados, los criados y la guardia del palacio, algunos de los cuales se situaron detrás de las columnas del patio para reir más á sus anchas. Pero otra cosa fué al hallarnos en el interior de la ciudad.

Montamos á caballo, y nos dirigimos hacia la puerta del Nicho de la Manteca, precedidos de un escuadrón de los soldados de la divisa roja, seguidos de todos los de la Legación y llevando á los lados oficiales, intérpretes, maestros de ceremonias y jinetes de la escolta de Ben-Kassen-Buhamel. Formaba indudablemente un espectáculo bizarro y agradable, aquella confusa mezcla de sombreros cilíndricos y turbantes blancos, uniformes diplomáticos y caftanes rosados, espadines de gala y gomas de guerra, guantes pajizos y manos negras, calzones galoneados y piernas desnudas; dejando á la consideración del curioso lector la facha que haríamos los cuatro consabidos, en traje de baile, caballeros en sendas mulas, encastillados en las elevadas sillas rojas que constituían su arnés, bañados en sudor y cubiertos del denso polvo que se levantó apenas pusimos los pies en la calle. Ésta, como todas las del tránsito, estaba llena de bote en bote de gentes que se detenían para vernos pasar, saludándonos respetuosamente. Contemplaban el penacho del sombrero del embajador, los cordones de oro del capitán, las condecoraciones del comandante, sin dar indicio alguno de sorpresa; pero en cuanto pasábamos nosotros, los cuatro, que marchá-



bamos los últimos, era aquello un verdadero acontecimiento: primero parecía que querían comérsenos con los ojos, tan desmesuradamente los abrían y tan persistentemente en nos-



Impresiones artísticas

otros los mantenían clavados; después había para desesperarse viendo el desdén con que volvían el rostro. Cabalgaba cerca de nosotros Ducali, y le supliqué que se sirviera traducirme las observaciones que pillara al vuelo. No sé qué dijo un morazo, que se hallaba situado en el centro de un grupo; sólo creí comprender que los demás participaban de su opinión; pero Ducali, que los entendió, prorrumpió en una sonora carcajada y me participó que aquellas buenas gentes nos tomaban por ejecutores de la justicia. Algunos, acaso porque el color negro es mirado por los moros con prevención, nos contemplaban con aire desdeñoso, por no decir depreciativo: los más blandos movían la cabeza en ademán compasivo y de conmiseración.

—Señores,—dijo entonces el médico,—nuestra es la culpa si no sabemos hacernos respetar: en la mano tenemos las armas: sirvámonos de ellas; yo daré el ejemplo.

Y así diciendo, quitóse el sombrero, aplastólo, y al pasar junto á un grupo de moros que nos contemplaban sonriendo

en ademán burlón, hízolo saltar repentinamente. Imposible referir la sorpresa y turbación que produjo en aquellas pobres gentes aquel estallido misterioso é inesperado: los hubo que retrocedieron algunos pasos, lanzando miradas de profunda desconfianza al diabólico sombrero. Animados con el ejemplo los pintores y yo, imitamos á nuestro compañero, y de esta suerte á fuerza de chafar y soltar los resortes, respetados y temidos, llegamos á los muros de la ciudad.

En la parte exterior de la puerta hallábanse alineados sobre la carrera que debía seguir la embajada, dos mil hombres de infantería, muchachos en su mayor parte, que á su manera iban presentándonos las armas, uno en pos de otro, á medida que pasábamos, después de lo cual, para librarse de los rayos del sol, cubríanse la cabeza con la prenda que constituía su uniforme.

Atravesamos un puentecillo echado sobre el río de las Perlas, y nos encontramos en el sitio destinado para la ceremonia de la recepción, en el cual echamos pie á tierra.

Era éste una vastísima plaza rectangular, cerrada en tres de sus lados por elevados murallones, con almenas y robustas torres, y en el cuarto por las aguas del río. En el ángulo



Hebreo



más distante del lugar en que nos hallábamos situados, se distinguía una callejuela formada por dos paredes blancas, que conducía á los jardines y á la morada del Sultán, completamente oculta por los bastiones.

Á nuestra llegada ofrecía la plaza un espectáculo sorprendente.

En el centro se veía un grupo de generales, maestros de ceremonias, magistrados, nobles, oficiales, esclavos, árabes y negros, vestidos todos de blanco, dispuestos en dos grandes filas, separadas como treinta pasos la una de la otra.

Detrás de una de ellas, hacia el lado del río, hallábanse formados todos los caballos del Sultán, de gran talla y hermosísimos, con arneses de terciopelo verde bordado de oro, cada uno de los cuales aguantaba un palafrenero armado. En el extremo de la hilera formada por los caballos, había una pequeña carroza dorada, regalo de la reina de Inglaterra al emperador, que la pone de manifiesto siempre que tiene efecto una recepción.

Detrás de los caballos y de la otra fila, constituida por los personajes de la corte, extendíanse dos largas hileras de la guardia imperial, vestida igualmente de blanco.

En derredor de la plaza, al pie de las murallas y á lo largo de la orilla del río, tres mil soldados de infantería, que semejaban únicamente cuatro larguísimas y estrechas líneas de un color de rosa subido, y al otro lado de la corriente, una inmensa muchedumbre de pueblo, completamente blanca.

En medio de la plaza hallábanse las cajas que contenían los regalos del rey de Italia, consistentes en un retrato de Víctor Manuel, espejos, cuadros de mosaico, candelabros, sillones, etc.

Nosotros nos situamos cerca de las dos hileras de perso-

najes, de suerte que formábamos con éstos un cuadro, abierto por el lado de la plaza por donde debía aparecer el Sultán. Detrás de nosotros se hallaban las cajas, y detrás de éstas todos los soldados de la embajada en correcta formación, y á uno de los lados de aquéllas, Mohamed Ducali, el comandante de la escolta, Salomón Aflalo y los marineros de uniforme.

Un maestro de ceremonias, de rostro repulsivo, armado de un bastón lleno de nudos, nos alineó en dos filas: el comandante, el capitán y el vicecónsul delante; el médico, los pintores y yo detrás. En cuanto al embajador, fué colocado seis ó siete pasos delante de todos, con el señor Morteo, que debía desempeñar el papel de intérprete.

Sin darnos cuenta de ello, los siete nos adelantamos unos pasos.

El maestro de ceremonias nos indicó que retrocediéramos, y con el bastón señaló el lugar preciso donde debíamos permanecer.

Semejante exigencia nos dió en qué pensar, sobre todo habiendo observado una furtiva y astuta mirada, lanzada por el aludido funcionario, en el momento en que nos indicaba el punto de nuestra permanencia. Casi al propio tiempo llegó á nuestros oídos un apagado cuchicheo que procedía de la parte superior, motivo por el cual levantamos la vista, y entonces comprendimos la causa de todo aquello. En efecto, observamos que á cierta altura, abríanse en los bastiones cuatro ó cinco ventanas que cerraban persianas verdes, detrás de las cuales movíanse confusamente varias cabezas. Eran cabezas de mujer: de ellas provenía aquel cuchicheo: las ventanas pertenecían á cierto pabellón que por medio de un largo corredor comunicaba con el harem del Sultán, y el maestro de ceremonias nos obligaba á permanecer en aquel sitio, obedeciendo



las órdenes de su señor, para que las mujeres, que se lo habían suplicado, pudiesen contemplar á los cristianos. ¡Qué lástima no haber podido oír lo que decían de nuestro sombrero en forma de celemín, y de nuestro traje de cola de golondrina!

El calor era insoportable, reinaba en la inmensa plaza un silencio profundo, todas las miradas convergían en un solo punto. Creo que lo mismo que á mí, latía en aquellos instantes á mis compañeros el corazón con más vehemencia.

Aguardamos como diez minutos.

De repente recorrió todas las filas del ejército un estremecimiento eléctrico, llenaron el aire los sonos de la música y el estridente ruido de las trompetas; los personajes de la corte se inclinaron respetuosamente; la guardia y los palafreneros hincaron una rodilla, y de todos los labios salió un grito prolongado é intenso de: — ¡Proteja Alá á nuestro señor!

El Sultán se adelantaba hacia nosotros.

Montaba un soberbio corcel y le seguía una cohorte de magnates á pie, uno de los cuales sostenía sobre su cabeza un enorme quitasol.

Llegado que hubo á pocos pasos del embajador se detuvo: una parte de su séquito cerró el cuadro: los demás se situaron en derredor.

El maestro de ceremonias del nudoso palo dijo en alta voz:

— ¡El embajador de Italia!

Éste, acompañado del intérprete, descubierta la cabeza, acercóse al Sultán, que le dijo en árabe:

— ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido!

Después le preguntó si había tenido buen viaje, y si había quedado satisfecho del servicio de la escolta y del modo cómo había sido recibido por los gobernadores.

da ungho